

## La Vida Comienza Todos los Días

En el concurso literario del diario EL PUEBLO obtuvo el primer premio nuestra directora, Petrona Domínguez por su trabajo titulado "La vida comienza todos los días" que fué seleccionado entre 300 cuentos.

El relato de sabor criollo traza con verdaderos toques de realismo un ambiente y un carácter.

**A**LCANZABAN para vivir los quesillos y la leche de cabra que vendían en el pueblo cercano. "Pobreza con dignidad", solía repetir el viejo abuelo a la caída de la tarde cuando un vaho rojizo envolvía levemente la cintura de las montañas. Y su voz, que él desgranaba en razón directa de su ánimo, tenía a veces la dureza áspera de la roca y otros una suave frescura de remanso.

Era muy viejo el abuelo. Sentado sobre pellones se lo veía como una estampa bíblica recortada en el fondo serrano, cantaban sus **chalphaleros** la melodía clara de un fino **crystal**, sacudiendo el tala espinoso de donde pendía cuanta cosa útil no cupiera en el rancho, a más del pedazo de charqui colgado de un alambre y un ramito de tomillo para adobar.

Por dentro, la casa no ofrecía mucho espacio: dos cuartos separados por cortinas que la mano de **araña** tejedora de la nieta adornó con vivos colores. Afuera el patio de tierra siempre bien barrido; piedras bolas blancas y rojizas se alineaban frente a él formando verja y más allá, detrás de un cuadro sembrado, un cerco de palo a pique custodiaba el corral donde balaban su mimo las ovejas de ojos man-

sos y las cabras ariscas, finas y esbeltas, con su blancura de loza.

Doña Andrea, su hija, y tres nietos, Vicente, Miguel y una joven, María de los Dolores, que amasaba el pan, adobaba la carne y competía con los pájaros del monte en cristalina risa. Miguel y Vicente se dedicaban al pastoreo de los animales y a la venta de sus productos. Doña Andrea y su hija preparaban los quesillos. El viejo Quevedo ayudaba. Nunca se lo vió ocioso. Era tan necesario el trabajo para él como el aire que respiraba. Y cuando no alineaba piedras, el rayo del sol lo sorprendía a pleno viento, cortando ramas o quitando las malas yerbas de su huerta, que con legítimo orgullo consideraba la mejor de los alrededores. Constantemente aderezaba el tata viejo su labor con sabrosos recuerdos. Conocía palmo a palmo la región. Se lo llamaba "el abuelo", y él sentía su alma desparramada en esos terrones. Sabía hasta las grietas de las piedras bolas. Y era fama que había enseñado a leer a muchos. Na había escuelas en su tiempo pero sí maestros, y cuando al tata se le preguntaba podía caer el sol y llover estrellas el cielo que él, con sus manos hinchadas, dibujaba los tiempos de la vieja patria allá por el 18 Una niebla

azulina le entrecerraba los ojos, su rostro oscuro y arrugado como los higos se transfiguraba. Si había ovejas perdidas o falta de agua, antes de llegarse hasta el cura pasaban los **serranos** por lo del tata viejo. El traía arracimado con los recuerdos todo un tratado de ciencia casera. El enseñó la industria de los tejidos con hojas de palmera, con la que los lugareños preparaban canastas para vender en los poblados. Su rostro era como un campo surcado con profundidad, cabellos canos lo aureolaban de historia. Ahora ya estaba viejo, su esperanza puesta en los nietos, a quienes le tocó también hacer hombres, pues el finadito Zeballos, marido de Da. Andrea, se fué a descansar al camposanto cuando las criaturas apenas boqueaban. El sostuvo por segunda vez la familia; era muy gaucho el hombre para achicarse ante los juegos de la vida que viboreaban en torno suyo.

\* \* \*

Sucedió que una noche se desgajó un temporal tremendo. Llovió a jarros después de una granizada que a no dudar habría vomitado su furia en los sembrados. Era a mediados de octubre, cuando los maizales comenzaban a amarillear y los durazneros se cubrían de estrellas rosadas. Fué una noche desmesuradamente larga. El viento desalado golpeaba su cabeza impía contra la puerta trancada. La madre ante el telar pasaba nerviosa la lana. Un mudo interrogatorio salía del huso en cada bailoteo que los dedos de María Dolores imprimían a la hebra. Algo incierto danzaba también en el aire con terrífico vuelo. Las ovejas, las cabras, la leche. Miguel y Vicente miraban con desarticulado gesto el techo que se abría en goteras. El rancho se hallaba al pie de

los Paredones de Capilla del Monte. Si hubiera crecida todo estaría perdido. Sólo el abuelo con su cigarro de hoja envuelto en la nube de humo parecía una imagen de serenidad. Dos candelas encendidas iluminaban el rostro de la Dolorosa. Tejían las mujeres y parecía que enredaban fibras de sentimiento. No recordaban temporal como aquél. Las ovejitas recién nacidas eran el pensamiento de la madre. El abuelo permanecía con el rostro hermético. De vez en vez una chasqueada de lengua, y los ojos de mirada firme como si hubiera querido sostener el rancho y la congoya.

Ululaba un viento filoso como cuchillo por entre los intersticios de las piedras y entre la quinchá del techo.

De pronto se oyó un estrépido terrible como si una correntada de piedras se hubiera despeñado desde lo alto. Un rayo latigó el cielo con nervioso zig zag, y la Virgen de los Dolores se vió apremiada por la súplica de varias manos. Hubo un ruido ensordecedor. Pareció que los Paredones se desplomaban y nadie supo cómo las velas amarillas apagaron de pronto la yema de su luz temblorosa.

\* \* \*

Dedos apergaminados estaban tirando de los tientos que sostenían la campana de la vieja iglesia. Todo el pueblo acudió a socorrer a los caídos en desgracia como era costumbre al oír la alarma. El cura con palos y baldes encabezaba la procesión. Varios ranchos, los del Palmar, fueron destruidos por la tormenta. La crecida avanzaba y fué preciso salir de allí con burros y carros. Junto a la escalera musgosa de la vieja capilla se encontraron en un abrazo Andrea y sus hijos. Los Paredones eran una an-

después de todo dijeron que lamentaban nuestra partida. Estos tolimbenses son impagables.

Mucho más podría contarse del viaje, vaya ésto como prólogo de lo que vendrá que poniéndose a contar los "akidos" no darán cuartel.

Pero antes de terminar debo hacer conocer el agradecimiento de todos a

quienes hicieron posible este viaje, a quienes nos ayudaron y alentaron con su bondad y paciencia, a nuestros profesores, Aparicio Francisco de Ardissonne y Federico Daus; así como a la señora de Aparicio a quien tantos trabajos dimos con nuestras expediciones investigadoras a los arcones o nuestras visitas a la despena.

GRACIELA LAPIDO.

Viene de la pág 11

## La Vida Comienza todos los Días

cha herida abriéndose en la mañana celeste pálido.

Ni una oveja les había quedado. Todo perdido. Era dura la vida. Sacrificios, luchas y esperanzas, todo tapado por la piedra y el agua. Por el sendero fragoso que llevaba a los Mogotes, Vicente y Miguel iban andando; no tenían ánimo para volver a empezar. Ni había con qué. Su desaliento estaba espinado de amargura. Lastimaba pensar. Un aire agrio con olor a yuyos serranos poblaba la tarde. Les cruzó rápido, como fugitivo, un pensamiento: ¿Y el tata viejo? En todo el día de la desgracia no lo habían visto. Ya estaban cerca de los Palmares, pronto caería la noche. En ese instante enmudecieron ambos y los pies se clavaron en la tierra ríspida. El sol doraba aún los últimos picos de la montaña. Vahos rojos parecían levantarse de los Paredones: ¿Qué hacía el abuelo en la soledad con el agua hasta las rodillas? Cerca, muy cerca, estaban las piedras, cimientos del antiguo rancho.

—¡Tata viejo!— y corrieron de inmediato. El abuelo los miró largamente

con aquellos ojos color de montaña en lejanía. Era un reto, un llamamiento al valor.

—"¡Tata viejo!", — sollozaron los dos como chiquillos: — "¡Ni cabras ni pan!".

El abuelo rígido, con las ojotas hundidas en el agua, su sombrero de paja calado hasta las cejas tupidas, miró el cielo que como un inmenso paredón se cernía sobre las sierras.

—"Hijos... la vida comienza todos los días".

Estupefactos vieron entre la manos rugosas, manos de luchador, las fibras rubias, frescas de palmera enlazadas como tientos: "Mañana saldremos a venderlas". Sobre la pira una hilera de canastas recién tejidas hablaban en silencio. "No hay cabras, ni hay quesillos, quedan aún palmeras". Se estremeció el agua con el andar del abuelo. Cuervos y buitres andaban rondando sobre los desechos fragantes y las cortezas inutilizadas de palmera.

Entonces los dos recién comprendieron el ejemplo del tata viejo.

PETRONA DOMINGUEZ